

HYERES Y SUS CERCANIAS.

**ALGUNAS HOJAS DE LA CARTERA DE UN EMIGRADO.**

Nunca olvidaré el día que por el camino de Tolon descubrí la risueña ciudad de Hyeres recostada en el declive de una elevada colina, cual indolente sultana aspirando las deliciosas emanaciones de un baño perfumado. Quiero go-

zar de nuevo parte de las gratas alternativas que agitaron mi espíritu, desde que vacilante bajo la pesada carga del infortunio encontré abrigo en este ramillete de flores orientales, nacido para mi bien á orillas del Mediterráneo. ¡Ay! el recuerdo de algunas horas pasadas en su recinto es dulce y fugaz cual un alegre sueño; la memoria de otras guardo cerrada dentro del pecho como reliquia santa de amor y agradecimiento.

SEGUNDA SERIE.—1867.

AÑO XXV. 28.

La mañana era plácida y serena; la dulce brisa llevaba en sus alas el regalado aroma de los naranjos; á derecha é izquierda amenizaban la llanura verdes montañuelas dominadas por la roca sobre la que se alzan las ruinas del castillo feudal, construido en otro tiempo por los condes de Provenza para defensa de la villa, y animando el panorama las aguas del mar, que tranquilo á la sazón venía con suave murmullo á romper sus olas en la ribera, trocando en pulidas conchas las menudas arenas arrebatadas á la playa. Solamente yo, pobre desterrado, alteraba con mi desventura aquel agradable concierto de la naturaleza.

Convidado á reparar el desfallecimiento de una larga jornada bajo la fresca yerba de un bosquillo de ahetos, dejé á un lado el bastón de viajero y preparando sobre la yerba el resto de mis cortas provisiones, me dispuse á tomar un ligero refrigerio, que no sabía cuando ni donde tendría ocasión de repetir. Pero estaba animado por la juventud, las fatigas de la campaña me dieron lecciones de sufrimiento y sobriedad, al paso que mirando el porvenir al través del prisma encantador de la esperanza, disfrutaba de lo presente sin cuidarme del día de mañana. ¡Cuánto he cambiado desde entonces! ¡Dichosa edad, afortunada pobreza, admirable ley de las compensaciones! Mas dejemos á un lado quejas inútiles, siguiendo adelante la narración comenzada.

Apenas había gustado mi frugal desayuno cuando sentí acercarse por el camino un confuso tropel; voces, gritos de terror, alaridos de espanto, y alzando los ojos miré acercarse envuelto en polvo y perdido el guía, un caballo enfurecido, arrastrando un carruaje en su desatinada carrera, destrozándole contra los guardarrués de la vía pública, con evidente peligro de un anciano y una joven á quienes la perspectiva de morir hechos pedazos casi había quitado el conocimiento, para otra cosa que para sentir su terrible situación no fuese.

Ni un instante dudé: rápido como el pensamiento salí al encuentro del ciego animal, me avalancé con fuerza á una de sus rotas bridas y tirándole hacía un lado quebranté su ímpetu violento, hasta el punto de hacerle venir al suelo conmigo después de haberme revuelto por tierra algún espacio. Nadie se admire ni aplauda tan loco proceder. Confieso que arrebatado de la impresión del momento, no me detuve á pensar la dificultad del hecho; si lo hubiera reflexionado es seguro que no lo hubiese llevado á término.

MI primer atención fué cuidar de las personas encerradas en la berlina volcada sobre la carretera. Abrió la portezuela y traté de hacerlos salir. El viejo yacía sin sentido á consecuencia de un golpe que le hirió la frente al caer. La joven, animada por el cariño paternal, pues era hija del anciano, conservaba suficiente presencia de ánimo para cuidar de su querido compañero.

—¡Por el buen Dios, me dijo cruzando las manos, socorred á mi padre!

Había tanta espresión en su mirada, en aquel rostro descompuesto por la inquietud, enjuto de lágrimas y pálido como el de una Andrómaca de mármol, se pintaba de tal manera la zozobra por el autor de sus días, que todas las fibras de mis entrañas se conmovieron al escucharla. No era hermosa, ni mucho menos, perdoneme esta declaración su memoria tan cara para mi alma; pero su ademán, el timbre sonoro de su voz, sus labios trémulos y descoloridos demandando piedad en nombre de la Bondad Suprema, formaban un conjunto celestial imposible de olvidar una vez contemplado. ¿Me dictará estas líneas la pasión que sentí

por ella en adelante? Podrá ser muy bien, mas es lo cierto que hubiera arrostrado á ciegos los mayores peligros á trueque de consolar su dolor.

Los curiosos, que nunca faltan cuando ya no hay nada que hacer, me ayudaron al menos para sacar al anciano del carruaje; lavé con agua fresca su herida y después de haberla vendado con el pañuelo de la joven, le recosté en una pequeña altura y acudí á desembarazar al caballo de los atalajes en que se hallaba enredado. En esto volvía el cochero, harto mohino por el golpe que recibió al caer del pescante, aunque dispuesto á desempeñar su cargo, lo que visto por mí, torné gustoso á la inmediación del herido. Pronto los cuidados de su hija le hicieron recobrar su acuerdo, me dió las gracias políticamente, cuando aquella me presentó como libertador de entrambos, entraron de nuevo en el carruaje y partieron al trote mientras yo recogía los relieves del interrumpido almuerzo, aun esparcidos por el suelo.

Perezoso y desalentado volví á seguir la senda que conducía á la ciudad, triste á consecuencia de la aventura, pues si bien nunca me pesó la parte que tuve en ella, no dejó de mortificarme la manera fría y ceremoniosa con que fui despedido. ¡Ni una palabra de cordial amistad, ni siquiera desearon saber el nombre de quien había espuesto la vida por salvar la suya! El viejo es disculpable hasta cierto punto, aturdido y magullado como se hallaba, pero á la joven no perdonaré nunca su indiferencia. ¡Esa, esa es la sola digna de censura y por consiguiente único motivo de mi enojo! ¡Ingrata! ¡proceder así conmigo que estuve á punto de romper en llanto al contemplar su dolor! ¡No, como ahora volviese á suceder!....—Calla, necio, me respondía una voz de lo íntimo de mi corazón, volverías á tener á gran dicha poder servirla de caballero.—¡Qué disparate! ¡si tal vez fuese alguna hermosura notable! pero á fé que sus gracias personales no han de trastornar á nadie la cabeza.—¡Vergüenza para el grosero mal nacido! repetía el eco de mi pensamiento. ¿Has olvidado la celestial aureola con que parecía iluminada? El despecho te hace delirar ó eres ruin y villano cual ninguno.—Y entonces ruborizado como si á presencia de todos hubiese cometido una bastardía, apresuraba el paso, sin cesar en mis conferencias á solas, hasta que traspuse las puertas de Hyeres.

En aquel punto fué preciso consagrar algún rato á la vida positiva. Unicamente guardaba muy contados sueldos en el bolsillo; con ellos debía llegar hasta Niza, donde esperaba, bajo el amparo de ciertos compatriotas, adquirir medios de subsistencia: escaso era mi tesoro y bastante larga la distancia. ¿Qué hacer en tal situación? Lo primero presentar buena cara á la mala fortuna, después informarse de algún hotel barato donde pasar la noche, y luego veremos si es posible adquirir algunos fondos para llegar al sitio de mi destino. ¿Pero de qué manera procurarlos? Si tuviese á mano una guitarra.... allá en España gozaba fama de saberla manejar, y puede que por aquí me diesen algún dinero por lucir esta destreza.... Pero no: mejor será dirigirme á la primer pensión ó colegio que vea, donde asistire de ayudante hasta completar la cantidad necesaria. No hay cosa mejor; escusamos buscar ningún otro arbitrio.

Con efecto, al cabo de andar vagando por una y otra parte, encontré un económico albergue donde pernoctar bajo techado. Nada se hable de cama y alimento: unos excelentes haces de avena suplirían á la primera, y en cuanto

á lo demás cerca de allí había deseubierto un despacho de pan moreno, excelente para el caso.

Acomodado á maravilla dormí el sueño de los justos, interrumpido al alba por el cencerreo y desacorde bramido del ganado vacuno que sacaban al campo de madrugada. Siempre fui perezoso, y en aquella ocasion acredité tan mala costumbre no saliendo de mi escondrijo hasta que ya el sol estaba sobre el horizonte. Arreglé mi tocador lo primero, y despues tomé asiento á la puerta del hotel, meditando en lo que, á fuer de buen español, he aborrecido siempre reflexionar; es decir, en lo venidero. Llevaria alguna hora cumplida, alternando tan provechosa ocupacion con las distracciones consiguientes que me ofrecia un pueblo desconocido, cuando vi llegarse á mí un caballero envuelto en un largo surtout abrochado de arriba abajo y calado el sombrero hasta los ojos. Paróse á contemplarme con marcial desembarazo, y cuando se hubo satisfecho á su sabor, me dijo sin andarse en rodeos:

—¡Pardiez que hace rato os ando buscando y ahora mismo os vais á venir conmigo!

—En verdad, señor, respondí admirado, que siento de ciertos padecéis sin duda una equivocacion.

—¡Cómo equivocacion! contestó; los informes que traigo son exactos. ¿No sois vos el valiente jóven que ayer tarde detuvo el caballo desbocado de una berlina?

—Es cierto, no debo negarlo.

—De seguro ¡voto á mil diablos! estaria gracioso negar una heroicidad digna de un campeon del ejército de Italia! Yo si que vengo avergonzado á daros una satisfaccion cumplida por mi conducta indigna para con vos. Pero ¡qué quereis! ya no tengo veinte años, el golpe me aturdió: luego la consideracion del peligro de la niña que iba en mi compañía.....

—Caballero, le interrumpí, agradezco y admito vuestras nobles excusas, deseando solo que el lance no haya tenido consecuencias fatales.

—Ninguna, buen amigo; mirad, añadió quitándose el sombrero y mostrándome su cabeza vendada, una rozadura y nada mas: la chica llegó en bastante mal estado y tuvo que guardar cama, pero á la sazón ella y su hermana quedan buenas y con gran deseo de conoceros á fondo y demostraros su gratitud. Con que así adelante y marchemos.

Diciendo esto enlazó su brazo con el mio renovando sus instancias para que le acompañase, á lo que accedí gustoso, impaciente como estaba de volver á ver á la jóven de la tarde anterior.

Habiamos andado algunos pasos cuando deteniéndose el desconocido, prorumpió dándose una palmada en la frente:

—¡Oh! sin duda me tendreis por un imbécil. Aun no os he dicho mi nombre, siendo así que hubiera debido empezar por ahí; estais condenado á ejercitar conmigo vuestra tolerancia. Perdonad, me llamo Ernesto Dumont, soy propietario y vivo retirado en la ciudad desde 1814, época en que abandoné la carrera de las armas con el grado de coronel.

—Servidor vuestro, le contesté saludando; mi nombre es Carlos Mendoza: nací en España y tambien he servido en el ejército; ignoro si en lo sucesivo alcanzaré tan buena suerte como vos; en la actualidad viajo desterrado en busca de algun recurso que me permita esperar á mejores tiempos; de consiguiente nada valgo ni poseo.

—Tiene bastante el que disfruta como vos un corazon recto, acompañado de modales distinguidos; para captarse

la simpatia de los hombres de bien: si á esto añadís la satisfaccion de la propia conciencia, que no puede faltáros juzgareis exausto de la riqueza verdadera? Uno de nuestros filósofos ha dicho: Hombre, bástate á tí mismo. En otro lugar escribe tambien: Si quieress ser rico, acorta el círculo de tus necesidades, y yo á mi vez añadiré, autorizado por el triste privilegio de los años: Nunca olvides la senda del honor, practica las dos máximas anteriores y compadece á la mayor parte de la vulgar humanidad que, á semejanza de los incautos pájaros, se deja seducir por los quebradizos espejuelos de vidrio, abandonando las cristalinas aguas del puro manantial.

—Vuestras palabras, señor, me favorecen y consuelan en sumo grado.

—Pues conservadlas en la memoria, porque soy poco afecto á disertaciones y no volveréis á escucharme otras iguales. Sí, ¡voto á sanes! pensemos en el almuerzo que nos aguarda y ¡viva el emperador! Discurro que á pesar de ser español no tomareis á mal este desahogo de mi genio. Tengo mucho afecto á las cosas de España, patria de valientes tan constantes en la victoria como puestos en derrota; dignos contrarios de los soldados franceses. ¡Cuántas hazañas hubiéramos terminado juntos! En aquel país hice la guerra bajo las órdenes del mariscal Suchet. Pero no pensemos en eso, fué una série de lamentables errores imposible de llevar á buen fin.

En estas conversaciones llegamos á casa de Mr. Dumont, una de las mejores de la ciudad. Salíó á recibirnos Sofia, ansiosa de manifestarme con mas espacio la inmensa gratitud que abrigaba su pecho. Otra vez volví á escuchar su voz angelical; pero ahora estaba sosegada, insinuante, esparciendo la calma por do quier alcanzaba su acento armonioso y lleno de misterio, cual los rumores que mueve la brisa en la floresta, unidos al triste arrullo de la tórtola. Su hermana Eloisa acudió dentro de poco. No puede imaginarse diferencia mayor entre personas tan allegadas. Era ésta de perfecta belleza, verdaderamente una figura de estudio, mas parecia respirarse á su lado en una atmósfera glacial, que helando toda clase de afecto expansivo, atajaba el curso de las ideas empobreciéndolas hasta modelarlas á un patron convenido de antemano. Parecia imposible concebir á la inmediacion de original tan hermoso ningun pensamiento grande, ninguno de los afectos sublimes fecundos en virtudes heroicas ó males de grave consecuencia. Sin embargo, al punto conocí que su padre la preferia con delirio. Estuvo conmigo todo lo afectuosa que le fué posible; en sus palabras y ademanes, propios de la buena educacion que habia recibido, nada encontré que reprochar, y con todo esto, atendiendo á ella sola, es seguro que me hubiera vuelto sin ocupar sitio en la mesa de la familia; no por desvío que manifestase hacia mi persona, la cual estoy seguro que la infundió completa indiferencia, sino rechazado por la natural repulsion que comunicaba á todas las cosas. En varias ocasiones traté de vencer esta disposicion de mi ánimo, que juzgaba manía ridicula, dirigiéndola frases galantes y lisonjeras: nunca dejó de contestarme agradecida, pero sin estrañeza, con semblante inmutable, cual un monarca recibe un homenaje debido con arreglo á la etiqueta en un dia de ceremonia. Viendo esto creí conveniente no insistir, pues nunca he sido amigo de frases de real orden.

La franqueza y alegría de Mr. Dumont en nada se desmintieron durante el almuerzo, que fué largo y bien servido. Quedamos un rato de sobremesa fumando en sendas pipas y

luego quiso mi huésped enseñarme sus habitaciones. ¡Presto inocente! No era el orgullo de propietario del que quiso hacer alarde ante mí el anciano militar; deseo mas elevado le condujo. Esperaba sorprenderme con su talento de artista.

En efecto: en una estensa pieza del piso superior habia colocado Ernesto su estudio de pintura. Allí sentado frente al caballete se pasaba las horas muertas, tratando de reproducir las batallas del imperio, y lo conseguia de una manera que hubiera causado horror á los mismos cosacos del Don. Para él no existia dificultad alguna de arte. Mucho azul en el cielo, mucha sangre por todas partes, los franceses acuchillando siempre al enemigo, y colores en fin, ignorados por la naturaleza, he aquí en resumen el estilo de mi buen amigo. Hicele algunas observaciones, con el respeto que su bondad merecia, y quedé admirado de asombro, pues consideraba el arte de Apeles como una especie de consagración que daba un carácter superior á los iniciados en sus misterios.

—¡Oh sorpresa! exclamó ¿seréis pintor por ventura?

—Soy algo aficionado y he recibido algunos principios.

—¿Queréis qué trabajemos juntos? Lo que uno ignore al otro se le ocurrirá, y ya vereis que buenas cosas hacemos. Vamos á ser la admiración de la ciudad; pues debo advertiros que aquí el arte se halla en tan lamentable estado que á nadie encuentro capaz de comprenderme.

—El poco tiempo que resida en Hyeres estaré siempre á vuestras órdenes.

—Ese asunto ya le arreglaremos despues de la comida. Venid y daremos un paseo por las cercanías.

Volvimos tarde, y ya era bien entrada la noche cuando me levanté para dejar á mis huéspedes.

—Sentaos un momento, dijo Mr. Dumont, tengo que hablaros y no encuentro como empezar, pues á fé que nunca he sido diplomático; mas en resumen deseo que os quedeis con nosotros. Nada teneis que hacer en otra parte; aquí aguarda vuestra determinación una familia reconocida, ansiosa de sustituir á la que habeis perdido, en tanto que se os proporciona colocación de mayor provecho. ¿No es cierto, hijas mías, que pensais lo mismo que yo?

—¡Ah, sí, no hay duda! exclamó Sofia sin vacilar, quedaos, señor; mi padre necesita un compañero leal y en vos le hallará de seguro; os hablaremos de vuestra madre, de vuestras hermanas, tanto que al cabo de poco podreis escribirlas: Acá en la tierra de Francia nunca la flor del cariño perece de mal de ausencia, pues no falta quien aplicando el recuerdo conveniente refresca el árbol del corazón para conservar su lozanía.

Eloisa alzando los ojos de un libro en que al parecer estudiaba atentamente, me dijo con la mayor amabilidad:

—Caballero, despues del gran beneficio que os debemos, no podreis dudar que esta casa y los que habitan en ella estarán siempre á vuestra disposición.

Tantas instancias me hicieron que resistir hubiera sido nimia impertinencia. Desde el día siguiente emprendimos Mr. Ernesto y yo nuestros estudios de pintura con un afán digno de mejor suerte. Quise probar fortuna, aunque á despecho del generoso anciano, poniendo á la venta algunos cuadros, fruto de mi habilidad, y el éxito sobrepusó las esperanzas, cosa de que me di la enhorabuena en obsequio del amor propio, nada satisfecho con vivir á costa ajena, por mas que el don fuese ofrecido con sinceridad y sin gravámen.

Pasaron seis ú ocho meses, al cabo de los cuales se ha-

bia establecido entre Sofia y el emigrado sin asilo, una correspondencia mútua, reservada y profunda. Yo no sé como sucedió, solo acertaré á decir que la ofrecí un amor eterno que recogió ella sin pensar en las consecuencias. Cercana estaba la ocasión de manifestarse conjuradas en daño de nuestra reciproca constancia.

Cierta noche á la hora que me retiraba de un café donde solia concurrir algun rato, noté grande algazara en una mesa junto á la cual tenia que pasar á mi salida. Estaba ocupada por una cuadrilla de jóvenes atolondrados, conocidos míos la mayor parte: quise deslizarme sin ser visto para evitar entretenimientos, pero al atravesar junto á ellos empezó á gritar uno de los mas exaltados:

—He aquí al señor Mendoza, que nos resolverá la dificultad.

Tuve que detenerme y pregunté algo contrariado:

—Sepamos que se ofrece, pronto y ahorrando palabras, pues no tengo el tiempo de más.

—Será cosa del momento. Atended. Estamos presentes unos cuantos apasionados de Mlle. Eloisa, excelente querida para un día; todos en mayor ó menor escala, hemos sido favorecidos de dicha beldad: ahora bien, y palabra de honor, don Mendoza, como se dice en vuestro país, ¿cuál de nosotros merece con justicia la preferencia?

—Lo que merece el hombre que se espresa en los términos que vos, es el desprecio de las personas decentes si está cuerdo, y la prision correccional en la policia si acaso está borracho.

—¿Qué queréis decir? replicó otro en ademan agresivo.

—Que sois un miserable, vos y toda la ruin canalla que abone las infames calumnias que aquí se han pronunciado, repliqué ya fuera de tino, pero no tanto que dejase de advertir la mano de mi adversario dirigirse á coger una botella con ánimo de arrojármela al rostro y me anticipase á la ofensa sacudiéndole una bofetada.

La pendencia hubiera tomado en mi contra graves proporciones á no haber mediado en favor mio gran número de concurrentes, espectadores de la injusta provocación. Fué preciso convenir en un desafío para la mañana siguiente y muchos se me ofrecieron como padrinos.

—Gracias, señores, les dije; el sitio, y la hora quedan convenidos, las armas me son indiferentes, los testigos irán acompañándome.

Jamás tuve aires de perdonavidas, y en todas ocasiones cuidé la propia conservación, cuando pude hacerlo sin faltar al deber; mas tambien debo asegurar que amaestrado en los sangrientos horrores de una guerra sin cuartel, un duelo singular me impresionaba bien poco. Por esta razon volví á casa tranquilo, decidido á no dar cuenta del suceso hasta que hubiese tenido remate. Aun no habia llegado Mr. Ernesto y yo me puse á escribir en tanto que regresaba. Quería despedirme de toda la familia, segun tenia de costumbre hacerlo antes de recogerme. Distruido con mi tarea, de bastante importancia en aquella ocasión, no senti los pasos de mi anciano amigo hasta que atravesó la puerta del cuarto. Estaba pálido y tembloroso; era indudable que todo lo sabia.

—Carlos, me dijo estrechando mi mano entre las suyas; quiero ponerme en tu lugar; á ningun otro pertenece tomar satisfacción del agravio inferido á mi hija.

—¿Estais loco, señor? ¿Queréis hacerme la fábula del pueblo? A mí fué dirigida la provocación, el reto ha sido aceptado por mí, ¿y vos tan competente en materias de pundonor me aconsejais que mediando esto, envíe á un anciano á que me sustituya?

—Este anciano fué decorado en Montmirail con la cruz de la legión, de honor al frente del ejército y aun siente hervir su sangre al olor de la pólvora.

—Lo sé, señor coronel, y por tanto, supongo no insistireis en que se infame voluntariamente, otro militar que aprecia su reputación tanto como vos apreciáis la vuestra.

—Es verdad, respondió después de un momento de indecisión; veo que nos comprendemos, corazón bizarro y generoso: al menos te serviré de testigo. No temas que desmaye en el lance crítico, pues á prueba tengo el pecho de profundas emociones. ¡Ay, de mí! sollozó con los ojos arrasados de lágrimas, solo he tenido un hijo, y me tocó recoger su cadáver medio enterrado en la nieve á orillas del Beresina!

A la mañana siguiente hallé levantado á Mr. Dumont cuando yo salí de mi alcoba. Sin duda el viejo no había descansado en toda la noche. Traía su caja de pistolas debajo del brazo, pues aquella era el arma que supo elegir para terminar la bárbara contienda, y fuera de allí nos esperaba un antiguo camarada suyo, á quien avisó con anticipación.

—No despertemos á las niñas, habló en voz baja, harto tiempo les quedará de sentir, si acaso el éxito es fatal.

Llegados al sitio de la cita no tardaron en aparecer nuestros adversarios, algo apagados los bríos de la noche anterior.

A golpe de vista conocí que mi enemigo estaba muy lejos de ser un tirador de primera fuerza, digámoslo así; pusimos uno en frente de otro, los padrinos dieron la señal y disparamos á un tiempo.

La bala de mi contrario fué á perderse no sé dónde, la mía le hirió en un costado, aunque de poca gravedad.

—Señores, dije á los otros, que también eran de la partida del café, para no atravesar el corazón al mas atrevido, he variado la puntería, si hay quien no se halle satisfecho podemos volver á comenzar.

Todos se dieron por cumplidos y hasta Mr. Dumont y su amigo me tacharon de puntilloso con exceso.

Nuestra vuelta á casa del coronel fué un verdadero triunfo doméstico. Enteradas sus hijas de lo acontecido competían con su padre en tributarme desmedidos elogios, hasta el punto de causarme vergüenza tantas demostraciones que no juzgaba merecer: aunque dije mal, Sofia gozaba en silencio la dicha de verme salvo y objeto de las alabanzas unánimes: para Eloisa era su vengador y acariciaba en mí su propio orgullo.

Después de pasados algunos días, Mr. Ernesto deseó tener una conferencia conmigo, para tratar un asunto importante. Escitó mi curiosidad la causa que pudiera moverle á tan formal aparato, y me puse á su disposición aquella misma tarde, bien ageno de pensar el objeto que se proponía.

—Quiero premiar tu bizarra y noble conducta, comenzó diciendo el coronel, ofreciéndote la mano de mi joven Eloisa, que tan bien has sabido defender.

Un movimiento de asombro, que no fui dueño de reprimir, interrumpió á mi huésped.

—Que ¿te sorprende? siguió diciendo, no es para menos el caso; verse dueño, sin antecedente alguno, de joya de tanto precio por sí misma, con más un excelente dote, es capaz de confundir á cualquiera, y luego, yo que aborrezco los episodios.... pero reflexiona un poco y verás que no eres indigno de merecer su posesión.

—Perdon, señor, semejante oferta me favorece en extremo, sin embargo....

—¡Acaba!

—Nunca vuestra hija querida sería feliz á mi lado.

—¿Y qué razón lo impedirá?

—No me preguntéis nada.

—Al contrario, deseo averiguar este arcano. ¿Quizá vienes encenagado en alguna pasión indigna? ¿Has mentido al declarar que no dejabas en tu país lazos sagrados é indisolubles? ¿O por ventura juzgas inferior á tu calidad el casamiento que se te ofrece?

—Vuestras ofensivas suposiciones me obligan á revelaros un secreto, que hasta no sé cuando hubiera encerrado dentro del pecho. Sabed, señor, que sin exagerar nada, amo á Sofia desde la primer hora que llegué á verla; que la he jurado constancia eterna, y que por ella, por mí y aun por vos, nunca faltaré á lo prometido?

—La mayor falta es incitar á una joven á rebelarse contra la voluntad paterna. ¡Estás en tí, estás loco! Pero no, yo he sido el escaso de juicio admitiendo ciego en el hogar doméstico á quien tan mal ha correspondido á la confianza que le dispensaba. Esto no puede quedar así: mañana determinaré lo mas conveniente.

Salió furioso viendo sus planes desbaratados cuando menos lo pensaba, se encerró en su cuarto y no quiso acudir á la mesa. Al punto que supe se había recogido, busqué á Sofia y la referí todo lo acontecido, noticiándola la necesidad en que me hallaba de abandonar la casa antes de amanecer, retirándome á Tolon á esperar calmase el mal humor de su padre, lo cual no se conseguiría fácilmente teniéndome á la vista. En efecto, era lo natural que su furia escitada solo por el deseo contrariado, cediese con el tiempo, y entonces sería oportuno emplear la sumisión y el halago para sacar ventaja del secreto revelado sin voluntad ni deseo. Aprobó Sofia mi determinación y dejando una carta para Mr. Ernesto en que disculpaba mi partida con el temor de importunarle si no lo hiciese, tomé antes de amanecer el camino de la ciudad próxima, donde no tuve mucho que aguardar el desenlace de aquel drama.

En contestación á la mía recibí una epístola de Mr. Dumont, concebida, poco mas ó menos, en los términos siguientes:

«No es propio de buen general emprender la retirada á la primer acometida del enemigo. Vuelve, que Sofia te aguarda impaciente, y no puedo acallar sus justas reconvenções. ¿O querrás tal vez obligarme, como en otra ocasión sucedió, á brujulear el sitio donde te ocultas, para sacarte de él en persona? Supongo evitarás esta fatiga á tu padre, ya muy viejo para hacer el servicio de explorador.—E. DUMONT.»

En alas de mi deseo volví radiante de gozo á Hyeres, donde á poco fui dueño de Sofia, con gran contento de Mr. Ernesto y completa indiferencia de Eloisa, que nunca supo el reproche que me debió.

El coronel jamás pudo comprender como yo elegí la mas fea desechando á la mas hermosa, aunque en ocasiones se le oyese decir, en vista de algunas escentricidades de su hija favorita:

—¡Por vida del rey de Roma, que voy creyendo que ese caporal ha sabido lo que se hacía! también la pobre emperatriz Josefina era poco agraciada en comparación de la archiduquesa Maria Luisa; pero la una hizo la felicidad de su esposo, y la otra... á él solo corresponde decir las amarguras que le proporcionó en su destierro.

Mr. Dumont murió al poco tiempo en brazos de la religión y hablando del emperador. Sofia sembró de flores

durante muchos años el áspero camino que me tocó recorrer en el mundo, hasta que al dar á luz el último de mis tres hijos fué llevada entre los ángeles, donde su ruego alcanzó del Eterno me diese conformidad para sobrellevar su pérdida.

Soy hablador como viejo, y escaso de suficiente auditorio he querido publicar estos pormenores de mi vida, esperando hallarán impresos mayor atención que referidos encontrarían. Podré muy bien engañarme, y entonces resignado con mi mala suerte solo me restará decir como la cotorra del César: *he perdido el tiempo y el trabajo*.

Así concluyen las memorias del emigrado, que sometemos al juicio público, único tribunal competente para realizar su deseo ó desvanecer las sospechas con que terminan.

DIONISIO CHAULIÉ.

LOS CAFÉS Y LAS FLORES.

Me gustan mucho los pavos trufados, las truchas escabechadas, los lechoncitos asados, la sopa de puré, los capones en pepitoria, los huevos hilados, las cremas y las pastas: me gustan mucho las voluptuosas bebidas; pero prefiero á todas ellas y á todos los manjares una taza de excelente café.

El buen uso de esta bebida da fuerza y vigor á nuestro espíritu y á todas sus facultades; destierra la lentitud y la soñolencia; facilita y hace menos pesada la digestion. ¿No disipan en parte la tristeza en las grandes aflicciones un rico habano y una taza de café? ¿No son ambas cosas un buen específico y un farmaco saludable para un pobre preso? ¿No sería grave culpa quitar á un anciano el café que le espera despues de haber dormido su siesta? He aquí por qué en uno y otro hemisferio se han multiplicado sobremedida los establecimientos en que tan delicada y deliciosa bebida se despacha; y á todos ellos indistintamente se les da el nombre de CAFÉS, para que nadie ignore que los sorbetes, el ginebra, la cerveza, el absint, el Málaga, el moscatel y todos los licores en general valen mucho menos que el café. Pero la civilizacion moderna exige hoy que haya en todo elegancia, aseo y esmero, por lo que los cafés mas concurridos son los que hacen alarde de mas pompa y lujo. Damas y caballeros, despues de haber dado un largo paseo descansan en un café y restauran sus miembros fatigados con una copa de suave licor. A última hora, acabada la ópera y la zarzuela, se va al café para tomar una taza de chocolate con bizcochos ó una copa de confortante madera. En un café, cuatro ó mas amigos reunidos, pasan el rato charlando ó palmorean á una seductora sirena que canta, ó presencian en un teatrillo, lastimosamente improvisado, una mamarrachada, que hace tal vez desternillar de risa por su mucha estravagancia.

Pero ¡bendita sea Moka, en donde nace y crece el mejor café del orbe! ¡benditas sean todas las demás ciudades de la Arabia Feliz, cuya tierra produce el incienso, la mirra, el aloe y todas las plantas, que despiden voluptuosos y suaves olores! En esa region del Asia vive mil años y envejece el fabuloso fenix para renacer mas jóven y lozano de sus mismas cenizas; en esa region descansó el carro de Venus tirado por dos blancas palomas, cuando esa diosa salió del mar, acompañada de las Gracias, de una gran

multitud de dioses marinos, y de una numerosa falange de alados y juguetones Amorcillos; en esa region la misma Venus vió y amó al pastorcillo Adonis. ¡Ah, la Arabia Feliz fué en tiempos muy remotos cuna de las fábulas mas hermosas y fantásticas de la griega mitología, y hoy habitada por musulmanes, es tal vez la imágen mas perfecta del paraíso inventado por Mahoma con peregrina impostura! Pero vosotras doncellitas, que aspirais á dividir el tálamo con un esposo solo, que pueda contentar vuestros delicados afectos, y que desea verse reproducido con ternura y entrañable cariño en otros seres muy amados, aunque odiais los harems turcos, y los serrillos orientales poblados de esclavas, os veis ciertamente obligadas todas á contemplar con voluptuosidad y asombro el Oriente, no solo porque parece haber sido creada esta parte del mundo por el Todopoderoso en momentos de alegría y risa, sino tambien porque sus vastas campiñas, en que nacen y crecen las plantas, que despiden esquisitos olores, están siempre alfombradas y revestidas de todas las flores, que hermocean en gran manera nuestros vergeles, como las rosas, los lirios, los jazmines. ¿No se extraen de plantas orientales los aromas y las esencias mas costosas y apreciadas, que adornan vuestros tocadores? Cuando la Aurora con su manto de púrpura se asoma por los balcones del Oriente y señala al astro alumbrador del día el camino que está destinado á recorrer, las florecillas abren su cáliz, bañado de rocío, y las abejas voladoras y ligeras liban la miel, que celosamente encierran en su seno. Pero queda siempre el germen de aquella suavidad y dulzura, que da realce á vuestras gracias y á vuestros encantos, cuando os adornais la cabeza con coronas entretejidas de flores, ó cuando un ramillete de rosas, claveles y jazmines adorna vuestro pecho, dando mas brillo á vuestra hermosura y á vuestro elegante atavío. Entonces revolotean en vuestro derredor Amorcillos á miles, capitaneados por Cupido.

Las flores nacen con el hombre y le acompañan hasta el sepulcro. La dorada cuna en que yace un niño recién nacido está adornada de flores artificiales, que imitan á las que la naturaleza produce. En los festines y en los bailes mas concurridos se presentan las damas coronadas de flores, y otras flores fúnebres tristemente engalanan la fria losa de los que nos fueron muy queridos en este valle de miserias.

¿No figuran las flores con mucha gala en los mas elegantes y patéticos versos de los vates de Grecia y Roma, y en las doctas páginas de los mitólogos antiguos? ¿No celebra Anacreonte, coronado de rosas purpurinas, en sus odas escritas con pluma de oro, á las Gracias y á los Amores? El jóven Jacinto se ve trasformado en blanco lirio; y los dioses del Olimpo, compadecidos de la suerte infeliz de Narciso, que se consume enamorado de sí mismo, le trasforman en la triste flor, que lleva aun su mismo nombre.

No hay encantos tan voluptuosos ni tan bellos como los que nos despliega á la vista la amenidad del campo al rayar el alba en un día de primavera, y aun mas nos embriaga el corazón de placer si descubrimos á lo lejos las olas de un mar plácido y sereno. Sus aguas se convierten en un río de oro al aparecer del sol; las aves entonan con sus arpadadas lenguas cantos armoniosos y suaves; el balido de las ovejas y el mugido de los toros dan animación y vida á la soledad del campo, y todo nos recuerda el antiguo Eden y los primeros días de la creación.

Nosotros, pues, poniendo fin á nuestro artículo con esta breve descripción, no vacilamos en afirmar que la vida

ruidosa de las grandes ciudades y sus muchas diversiones no son preferibles bajo ningún concepto á las delicias de la vida campestre, y á los encantos con que nos brinda la naturaleza.

SALVADOR COSTANZO.

EL TRABAJO.

Exactamente considerado el trabajo como una virtud, eslo y grande, por lo que tiene de salvadora y sublime.

El trabajo, regeneracion del hombre, de la familia y de la sociedad, es un timbre glorioso, no una maldicion. Solo es amargo el pan del crimen, no el que se amasa con el sudor del rostro.

El trabajo, fuente de civilizacion y prosperidad por ser uno de los agentes de la riqueza de los pueblos, es tambien, como se ha dicho, el genio esclusivo de la felicidad de nuestra especie, porque proporciona todas las cosas útiles que satisfacen todas las necesidades y los placeres de la vida.

Si Dios dijo al hombre que comeria el pan con el sudor de su rostro, es porque le dió necesidades que no podia satisfacer sino por medio del trabajo; y el trabajo, necesidad de la especie humana, se enaltecíó desde entonces.

Se impuso el trabajo al hombre, pero no se le negó la comodidad, ni la riqueza, ni el descanso, consecuencia inmediata del trabajo y de la virtud.

La multiplicacion del hombre y la formacion de las sociedades, hacian indispensable el trabajo; así como por las riquezas, que son su efecto, se crearon nuevos derechos y deberes, nuevas virtudes, sobresaliendo entre todas la caridad, celestial lazo que une al rico con el pobre, que es el sostén del imposibilitado, que es la mano de Dios que socorre al desvalido que por no poder trabajar se ve acosado por el tormento de las privaciones y de las miserias.

Buscad los pueblos más poderosos del mundo, y hallareis los pueblos más trabajadores: buscad los más libres, y hallareis los más trabajadores: buscad los de más virtudes, y hallareis tambien los más trabajadores. Pero donde encontréis campos sin cultivo, poblaciones sin industria, la soledad de la tumba y un silencio terrorífico por do quiera, allí no se trabaja, allí no hay riqueza, ni libertad, ni virtudes, pero sí habrá pobreza, servilismo y vicios.

No nos presenta otros ejemplos la historia desde la más remota antigüedad; pero sin acudir á tan larga distancia, en nuestra patria, y reciente, tenemos el descubrimiento de América. A ella acudieron todos por oro; repletas de él venian las naves de Acapulco y de otros puntos; ya se creyó que no se necesitaba trabajar para ser rico, y se abandonó la agricultura, la industria y las artes; consumimos el oro del Nuevo Mundo, y perdimos aquella rica mina, y nos quedamos sin oro y sin trabajo, y lo que es peor, sin hábito ni afición á trabajar.

No culpamos á nadie; era la culpa de la época que adolecía del vértigo que ofuscó á las mas claras inteligencias, que desconoció el trabajo porque no conocía en que estriba la riqueza general, y conducía la sociedad á aquel deplorable y criminal estado del Bajo imperio en su decadencia, cuando se llevaban á Roma las naves cargadas de trigo para alimentar al pueblo envilecido por el despotismo

de los Césares, la molicié viciosa de la aristocracia y la abyeccion de aquel estado general de cosas.

Reconocida, pues, la importancia del trabajo, si á reconocer la hemos dado en las ligeras observaciones que acabamos de esponer, por no sernos posible estenderlas cual su importancia exige y deseáramos, solo nos resta dirigirnos á la mujer, á la que hacemos un formal llamamiento, porque á nadie como á ella podemos hacerle con mas éxito en cuanto se reflera al mejoramiento de las costumbres.

Si el trabajo, como hemos dicho, regenera al hombre, á la familia y á la sociedad, el trabajo debe tener su origen en la familia.

La madre, que es la primera maestra que nos da la naturaleza, es la que debe inculcar esas primeras tendencias al trabajo. Cuando se empieza por hacerle grato, se le ama, y cuando se ama el trabajo se practica la virtud.

El amor á la familia hace al hombre trabajador, crea en él una honrosa ambicion que le alienta y estimula y le hace considerar sus fatigas como una necesidad gloriosa, y las soporta gustoso y vence los obstáculos con alegría, enorgullecíendose del trabajo. Pues si lo que se hace por la familia se hiciera por la sociedad, que familia es tambien, aunque más estensa, ¿cuán grande no seria la riqueza de todos? y ¿cuán noble y digna no seria esa riqueza, siendo el producto del trabajo, y por consiguiente de la virtud?

Y nada mas fácil que habitar una madre á sus hijos al trabajo, que es su bien, porque les proporciona no solo el medio de satisfacer las necesidades, que es el mayor de los placeres, sino el de bastarse cada uno á sí propio, adquiriendo la dignidad del hombre, la libertad del ciudadano, la consideracion de todos, y lo que más vale, la propia satisfaccion de ser útil á la sociedad y á sí mismo, la conciencia del bien y el enaltecimiento individual.

¡Benditas las madres que inculquen en el corazon de sus hijos la costumbre del trabajo, tarea gloriosa y fácil, porque su ilustracion y su ternura pueden presentar como un recreo lo que es una necesidad á veces, un recurso en muchas ocasiones y una virtud siempre!

PIRALA.

IMPRESIONES DE VIAJE.

VISITA A LA ESPOSICION PUBLICA DE PARIS.

II.

Dejamos en el número anterior á nuestros lectores en el vestibulo del Palacio de la industria.

A la entrada del Palacio están colocados dos espejos de Saint-Gobain, de dimensiones gigantescas.

Atravesemos en seguida el vestibulo que conduce al centro del palacio, al jardin central. A la entrada de este vestibulo, sobre la derecha, se ven magníficos vestidos y trages espuestos por las principales modistas de París.

La entrada del vestibulo está adornada con una estatua, debida al inteligente cincel de Mr. Crank, representando la Victoria coronando la bandera francesa.

En medio de este vestibulo y de distancia en distancia, se encuentran unos pequeños armarios con cristales, en

los que se ven los premios ganados en las diversas carreras de caballos de Inglaterra, magníficos grupos de plata cincelada, obras maestras de platería.

La primera galería que se presenta á nuestra vista no tiene número y se titula: *Historia del Trabajo*.

Es en cierto modo un museo de arqueología en donde los diferentes países han espuesto cuantas antigüedades raras y de toda naturaleza han podido reunir: armas, estatuitas, muebles, pucheros, objetos de barro, cofres, manuscritos, esmaltes, vasos cincelados, misales y libros de devoción, pinturas sobre pergamino, etc.

Por este conjunto y esta comparación de las obras de

todos los tiempos y de todos los pueblos, se puede formar una idea de la marcha del progreso en los diferentes ramos industriales y artísticos.

Tal es el objeto, en la esposicion, de este museo retrospectivo.

El público lo tiene abandonado y lo atraviesa sin fijar su atención, y muchas buenas gentes hasta ignoran su existencia.

Para nosotros es preferible, muchísimo más, á los salones lujosos en que las modistas, los sastres y los joyeros ostentan sus mercancías; siendo para ellos la esposicion una doble tienda.



El Pabellon de España.

Feliz nos ha parecido la idea de haber colocado allí en medio de las maravillas, producto del arte y de la industria moderna, las obras de la industria y del arte de los antiguos. Es un acto de justicia con los que nos han precedido en la via del trabajo y de la civilización. Es una instructiva y saludable enseñanza para los contemporáneos, demasiado olvidadizos de lo pasado, demasiado inclinados á persuadirse que han inventado, que han creado todo sin deberlo mas que á su propio genio. Han olvidado el célebre dicho de Salomón: *Nihil sub sole novum!*

Además en esta galería se encuentran cosas que no se ven en ninguna otra parte, que indudablemente no volverán á verse una vez terminada la esposicion. Los objetos

reunidos en este improvisado museo forman parte de colecciones pertenecientes unas á particulares, otras á sociedades científicas ó municipalidades, ciudades y soberanos que han querido desprenderse momentáneamente de ellas, empero que al espirar el plazo de la esposicion se apresurarán á recobrar la posesion de sus tesoros, con tanto trabajo, afán y tiempo reunidos.

En esta galería, como en todas las demás, cada país tiene su espacio, en el que espone la serie mas ó menos completa de sus curiosidades históricas, desde aquellas cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, has-